

Visitando el Alto Egipto con el Mago de las serpientes de Luxor

Por Juan MARIN

(En el Rep. Amer.)

I

Ya habíamos leído en el libro *L'Egypte Secrete*, de Paul Brunton, acerca del extraño encantador de serpientes del Alto Egipto. De modo que cuando nos encontramos frente a él, en uno de los sitios eriazos que rodean el Templo de Luxor, ya sabíamos con quién teníamos que entendernos y qué podíamos esperar o no de él. Se trata no de un encantador de serpientes a la manera hindú, que al son de su flauta monocorde, en cuclillas en alguna plazuela popular, hace salir de su canasta un par de serpientes soñolientas y semi-domesticadas. No. Aquí estamos frente a un derviche iniciado en secretas prácticas de magia, depositario de un secreto transmitido de generación en generación, gracias al cual quien lo posee tiene, no sólo el poder de localizar y comandar a los reptiles, sino también de ser inmune a su mordedura. Esto último dentro de ciertos límites, dentro de "la espantosa relatividad de las cosas humanas", pues el padre de nuestro mago murió hace muy pocos años en esta misma ciudad de Luxor, víctima de la mordedura de una cobra rebelde que fué a extraer de un jardín privado y el hijo de nuestro interlocutor murió también en una de sus primeras experiencias de la iniciación mágica, a consecuencia de la mordedura de una pequeña víbora a cuernos, de las que abundan en el desierto adyacente.

Cuando nos encontramos con el mago, eran las 3 de la tarde y él acababa de hacer salir de sus escondrijos, entre las piedras y matorrales vecinos, a dos cobras de respetable



El autor junto al Cheik, "Mago de las serpientes" de Luxor, Alto Egipto. El Cheik tiene dos enormes cobras, una en el cuello y otra colgando de la mano derecha.—(Foto de la señora Marín).

tamaño ante el espanto y la sorpresa de tres muchachas norteamericanas que visitaban, como nosotros, el lugar. El cheik sudaba copiosamente, asegurándonos que la cosa no había sido fácil, pero que podía repetir sus demostraciones para nosotros si así lo deseábamos. Yo confieso que la serpiente ejerce sobre mí una extraña fascinación, un sentimiento ambivalente de "repulsión-atracción", no de orden literario simplemente como pudiera creerse, sino algo muy hondo y orgánico. Este sentimiento se encuentra teñido de franco y legítimo terror desde la experiencia que hace cosa de siete años tuvimos, mi esposa y yo, con una temible serpiente de cabeza colorada entre las ruinas de Angkor, en el Cambodge, experiencia que he narrado en *La Hora* hace algún tiempo, en mi artículo titulado "La Serpiente y el Terror".

Ahora, aquí en Luxor, la lectura del libro de Brunton había despertado nuestra curiosidad sobre la persona del Mago y como el ambiente mismo de este lugar de tumbas y misterios era propicio a todos los contactos con lo sobrenatural, convinimos en participar en nuevas pruebas del mago del Alto Egipto. Es el cheik un hombre moreno, de ojos negros de intenso poder hipnótico, de gran agilidad física y soltura en sus movimientos e indudablemente de una salud o toda prueba. Tiene una voz imperativa y áspera poco agradable, usa bigote y envuelve su cabellera en un turbante blanco. Nos dijo que buscaría para nosotros entre las ruinas o en el sitio que nosotros quisiéramos, nuevas serpientes. Previamente contemplamos dos cobras y una pequeña víbora que tenía ya guardadas en su canasta redonda y cuya caza había motivado el pánico de las jóvenes turistas americanas. Según él, puede reconocer la presencia de un reptil a varios metros de distancia exclusivamente por el olfato. Lo demás es obra de sus poderes mágicos. Comenzó por quitarse su amplia túnica negra, y quedó solamente cubierto con una especie de camisón blanco casi transparente; esto para que no pensáramos que él llevaba culebras escondidas entre sus ropas o enrolladas en sus piernas, las que después podría por simple ardid de malabarista hacer aparecer como saliendo de sus escondrijos en la tierra. Todavía, para eliminar otra sospecha, la de que él pudiera previamente esconder en algunos sitios algunas de sus serpientes domesticadas, extrayéndolas después sin grave riesgo ante los turistas, nos pidió indicar nosotros mismos los sitios en que deseáramos ir "a caza" de sierpes. Mirando en todas las direcciones del espacio, indicamos un sitio determinado, a unos cincuenta metros del lugar en que nos encontrábamos: había allí unos matorrales y unas cuantas piedras amontonadas. Empezó entonces a caminar en la dirección marcada, haciéndonos además de seguir tras de él. Nuestro viejo guía copto, "Monsieur Georges" Cattas también marchaba en fila india tras de nosotros a una distancia más que prudente. El mago empezó entonces a recitar en voz aguda y penetrante algunas fórmulas de magia intercaladas de versos del Korán, de imprecaciones a Aláh y de



La señora Milena de Marín se somete a la ceremonia de adquirir el poder contra las serpientes: en estos momentos la cobra está arrollada en su antebrazo y el Cheik sostiene el reptil con la cabeza.—(Foto del autor).

otros simples monosílabos de sonido escalofriante. De pronto se detuvo y nos hizo un gesto imperativo de hacer alto. Tocándose la nariz exclamó:

—Tienen ustedes suerte... ¡Aquí hay una!

Con su varilla empezó a golpear la tierra frente a unas yerbas y pedruzcos y luego a gritar en voz cada vez más alta voces que seguramente significaban: —¡Sal de ahí! u otra cosa parecida. Pero el bicho no salía. Entonces el mago alzando las mangas de su camisa blanca introdujo el brazo varias veces en una cueva, retirándolo cada vez rápidamente y como quien mete la mano al fuego y la retira, gritando con renovado furor:

—¡No quieres salir! exclamó finalmente. ¡Entonces te sacaré yo mismo!

Vimos cómo su brazo se movía dentro de la cueva y ante nuestra expectación sacó luego el brazo ostentando una pequeña víbora colorada de unos 60 centímetros de largo. La depositó en el suelo y con su varilla la mantenía en jaque evitando que saltara sobre nosotros:

—Es sólo una "baby" de víbora, dijo con desprecio. Muy venenosa, pero sólo "baby".

Tenemos que buscar otra. La tomó por el cuello, nos la mostró e hizo que la cogiéramos de la cola; luego la sepultó en el canasto. En efecto, por el aspecto tan terso y húmedo de la piel se veía que la viborilla aquella era un recién nacida, apenas salida tal vez de los líquidos embrionarios. Seguimos caminando. Hacía calor y el cheik sudaba copiosamente. Nosotros sentíamos sin embargo una especie de frío, en espera de lo que vendría después. Reempezaron los cantos mágicos y las imprecaciones y los ires y venires en